

TRIBUNALES

2026

Meditación (día 42)

Vamos a dar ahora los puntos para hacer la Meditación acerca de los Tribunales, es decir, los juicios que sufrió Cristo en Su Pasión, por los cuales fue condenado.

Introducción

Quería comenzar con una pregunta que podemos hacernos: ¿Por qué meditar acerca de la Pasión? Uno podría pensar o plantearse que hay otros Misterios de la Vida de Cristo más inspiradores, como el Nacimiento, como los milagros, la predicación. Sin embargo San Ignacio propone dedicar una semana entera del mes de los Ejercicios a estos tres días, toda una semana a cada una de las partes. Y evidentemente es porque en la Pasión de Cristo es como que están concentrados los mejores frutos, los frutos que más necesita nuestra alma.

¿Y cuáles son los frutos que se siguen de meditar la Pasión de Cristo? Podemos enumerar algunos, por ejemplo:

- Entender la gravedad del pecado. San Pablo decía: «*Jesucristo se entregó a sí mismo por nuestros pecados*». (**Gal 1, 4**); y en la Pasión de Cristo esto es muy claro, vemos cómo sufre por nuestros pecados.

- Ejemplo de las virtudes. Los Santos decían: «En la cruz se encuentra ejemplo de todas las virtudes»¹.

- Entender la Doctrina de la Perfección, en qué consiste la santidad. Santo Tomás de Aquino decía: «Todo aquél que quiera llevar una vida perfecta no necesita otra cosa que despreciar lo que Cristo despreció en la cruz, y amar lo que Cristo amó en la cruz»². Como que ahí entendemos, cuando miramos la Pasión de Cristo, qué es lo que tenemos que hacer nosotros para ser santos: Hacer lo que Cristo hizo en la Cruz.

- Auxilio para llevar nuestra propia cruz. Esto es muy importante y de gran ayuda. Todos tenemos tribulaciones, dificultades, cruces que llevar adelante. ¿En dónde encontramos la fuerza? En la cruz. Decían también los Santos: «En la cruz se encuentra el remedio a todas las tribulaciones»³.

- Comprender el Amor de Cristo. San Pablo decía: «*Cristo me amó y se entregó por mí*». (**Gal 2, 20**). Y eso es lo que comprendemos y lo que sentimos realmente cuando

¹ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Comentario a la Epístola a los Hebreos*, c. 12, l.

² SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Comentario al Credo*.

³ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Comentario a la Epístola a los Hebreos*, c. 12, l. 1. «in quacumque tribulatione invenitur eius remedium in cruce».

contemplamos la Pasión, cuando le dedicamos tiempo, el amor que Cristo nos tiene, y esto es un gran fruto porque nos ayuda a nosotros a entregarnos también a Cristo.

Por eso, aprovechar esta semana que se van a ir dando estos frutos que son las mismas gracias que San Ignacio ha ido buscando, a lo largo de todos los Ejercicios, que alcancemos: El conocimiento de nuestros pecados, el entender la santidad a la cual nos llama Cristo con Dos Banderas, por ejemplo.

Todas esas gracias vamos a terminar de alcanzarlas meditando la Pasión. Si todavía sentimos que no llegamos, o si ya las hemos alcanzado, vamos a sentir como que realmente, viendo la Cruz de Cristo, se nos confirman esas gracias, esos frutos a los cuales se ordenan los Ejercicios Espirituales.

ACTOS PREPARATORIOS

Por eso, comenzar la Meditación poniéndose en la presencia de Dios:

Oración preparatoria:

[46] *Oración.* La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

Como hacemos siempre, ordenar toda la oración a dar Gloria a Dios, ofrecer toda esta hora para que sea para mayor alabanza de Dios.

La historia. (Mt 26,57-27,26; Mc 14,53-15,15; Lc 22,66-23,25; Jn 18,12-19,16)

Luego poner la historia de lo que se quiere meditar, en este caso son los juicios de Cristo que se encuentran relatados en todos los Evangelios, están en la parte de la Pasión. Se puede buscar y leer.

En todos los Evangelios se cuenta con más o con menos detalles cómo fueron los juicios de Cristo. Por tanto, la historia es:

Nuestro Señor tuvo que comparecer ante un tribunal judío (ante Anás y ante Caifás durante la noche, y luego ante todo el Sanedrín al amanecer) donde fue juzgado y condenado.

Luego lo presentaron al procurador romano, Poncio Pilato, porque los judíos no tenían el poder de condenar a muerte. Pilato, después de interrogarlo, lo envió a Herodes, y como Herodes tampoco quiso condenarlo, lo entregó a la Crucifixión declarando no hacerse responsable de su Muerte. Así es como recordamos la historia de los juicios de Cristo.

Composición de lugar:

Luego hacer la composición del lugar que San Ignacio propone siempre para hacer las Meditaciones: fijar la imaginación, fijar nuestra atención en los lugares; de este modo ayudaremos a la concentración, dejando la imaginación como fijada en esa escena, nos ayudará también a rechazar las distracciones.

Podemos imaginar la **casa de Anás y de Caifás** donde comenzaron los juicios, como describen los Evangelios, una casa con entrada al exterior, con un patio interno, donde estaban los sirvientes del Sumo Sacerdote.

También podemos imaginar el **Sanedrín**, que es ese consejo, ese tribunal de los judíos, el máximo tribunal religioso y también político conformado por los ancianos, por los especialistas de la Ley. Dice un autor:

El Sumo Sacerdote se sentaba en el medio, los demás también se sentaban en asientos elevados, pero en semicírculo, a sus lados, por orden de ancianidad. Dos secretarios se colocaban delante de ellos, uno a la derecha y otro a la izquierda para recoger por escrito las palabras de los que condenaban y de los que absolvían⁴.

Imaginarnos ese tribunal, el Sumo Sacerdote, los secretarios, ver un poco con la imaginación.

También podemos imaginar el **pretorio de Pilato**, es decir, la habitación, el palacio del procurador romano: «En ella había un estrado, o “bema”, sobre el que se ponía la “silla curul” (sella curulis), sobre la que se había de sentar el que administraba justicia, para dictar la sentencia»⁵.

Petición:

Y ya habiendo hecho esta preparación, hacer la petición. Recordemos que la petición tiene una gran importancia porque es el fin que nosotros buscamos en esta Meditación, el fruto que queremos alcanzar, y hay que pedirlo con fuerza de voluntad, moviéndose a desear ese fruto para que Dios, que quiere concedernos gracias, nos pueda disponer a recibirlas. Incluso se la puede repetir a lo largo de la Meditación, mientras uno está meditando, porque ayuda mucho.

En este caso, la petición es la misma que se hace a lo largo de la Semana de la Pasión.

[193] 3º preámbulo. El tercero, demandar lo que quiero: será aquí dolor, sentimiento y confusión, porque por mis pecados va el Señor a la pasión.

O también:

[203] 3º preámbulo. El tercero es demandar lo que quiero, lo cual es propio de demandar en la pasión, dolor con Christo doloroso, quebranto con Christo quebrantado, lágrimas pena interna de tanta pena que Christo pasó por mí.

Es una gran gracia dolernos con Cristo, ya que implica también aborrecer el pecado que es la causa del sufrimiento de Nuestro Señor; y querer enmendar nuestra vida, ordenarla para no ofender más a Cristo. Es un fruto muy grande que se sigue de la Pasión.

También podemos pedir gracias más particulares en esta Meditación; por ejemplo, aprender a sufrir las injusticias como Cristo que sufrió un juicio injusto; o también aprender a dar testimonio de la fe y de la realeza de Cristo como lo hizo Nuestro Señor en el juicio delante de los judíos, delante de Pilato. Pedir estas gracias.

⁴ MANUEL DE TUYA, *Del Cenáculo al Calvario*, Editorial San Esteban, Salamanca 1962, p. 351.

⁵ Ídem, p. 420.

PUNTOS

Vamos a dividir la Meditación en dos partes para ayudarnos. La primera parte sobre el juicio judío, la segunda parte sobre el juicio de Pilato y de Herodes. Y vamos a dar tres puntos en cada una de estas partes.

I- CRISTO TESTIMONIA SU DIVINIDAD ANTE LOS JUDÍOS.

1- Primer punto: Las acusaciones.

Cristo es juzgado por los judíos; considerar las acusaciones que le hicieron a Cristo.

El Evangelio de San Juan⁶ presenta la interrogación que le hizo el Sumo Sacerdote acerca de sus discípulos y de su doctrina. Jesús responde:

He hablado abiertamente ante todo el mundo; he enseñado siempre en la sinagoga y en el Templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he hablado nada a ocultas. ¿Por qué me preguntas? Pregunta a los que me han oído de qué les he hablado; ellos saben lo que he dicho.

A Cristo no podían imputarle ningún crimen. Por eso el Sumo Sacerdote le pregunta acerca de sus discípulos, acerca de su doctrina. No había obrado con doblez, sino públicamente, no tenía nada que ocultar. Jesucristo mismo había dicho: *«el que obra la verdad va a la luz, porque sabe que sus obras están hechas según Dios»*. (Jn 3, 21).

El Evangelio dice que buscaban contra Jesús un testimonio para darle muerte; pero no lo encontraban (cf. Mc 14,55); y también que *«muchos daban falso testimonio contra él, pero los testimonios no coincidían»*. (Mc 14, 56)

Orígenes dirá:

Los falsos testimonios tienen cabida cuando se presentan con cierto colorido. Pero ni color se encontraba en las mentiras que proferían contra Jesús, aunque eran muchos los que querían congraciarse con los príncipes de los sacerdotes. De lo que resulta gran gloria a Jesús, que tan irreprehensiblemente habló y obró en todo, que aun los hombres más malos y astutos no pudieron hallar ni en la apariencia cosa digna de reprensión⁷.

Tan irreprehensible era la vida de Cristo que no podían acusarlo de nada. Todas las acusaciones resultaban falsas, contradictorias.

Y podemos reflexionar en la diferencia en que hay entre la inocencia de Cristo y la inocencia de un hombre cualquiera, por más justo que sea; porque por más que nosotros imaginemos, pensemos en el hombre más santo, más intachable, de vida más recta, necesariamente en esta persona encontraremos algún motivo de reproche, alguna culpabilidad, ya que como dice la Escritura, al día: *«el justo cae siete veces»*. (Pr 24, 16); es decir, por el pecado original en todas las personas, aun en las más buenas, se deslizan imperfecciones, pecados, faltas incluso involuntarias, con las cuales han herido o han causado mal a otras personas necesariamente. En cambio, en Jesucristo no hay ni puede

⁶ Jn 18, 20-21.

⁷ Orígenes, in *Matthaeum*, 35.

haber pecado, no causó mal a nadie; al contrario, dedicó toda su vida a hacer el bien, a ayudar, a enseñar, a curar. Por eso lo aberrante de intentar acusarlo de algo.

Ver entonces la inocencia de Cristo delante de estas acusaciones, ver la inocencia de Cristo delante de la culpabilidad, de la corrupción de los que lo acusan. Podemos ver también la inocencia de Cristo delante de nuestra propia culpabilidad, de nuestros pecados, y ver cómo Cristo es el que sufre las acusaciones, cómo Él quiere ser acusado. Esto nos ayuda también a nosotros para aprender a sufrir las falsas acusaciones que nos hacen, saber aceptar con mansedumbre alguna reprensión, alguna corrección que nos hagan, sabiendo que Cristo quiso sufrir esta humillación. Tomar ejemplo de esto.

2- Segundo punto: La conjuración del Sumo Sacerdote

El momento en el que el Sumo Sacerdote Caifás, al ver que el juicio no prosperaba, decidió intervenir personalmente para lograr la condenación de Cristo. Dice el Evangelio:

Entonces, se levantó el Sumo Sacerdote y le dijo: «¿No respondes nada? ¿Qué es lo que éstos atestiguan contra ti?». (Mt 26, 62)

Señala un comentarista que esta interrogación es una monstruosidad no solo moral, sino también jurídica⁸. Las acusaciones se habían mostrado inválidas, ¿por qué debía responderlas? Evidentemente buscaba una excusa para poder condenarlo. Por eso Jesús, en un acto de mansedumbre y también de prudencia, callaba. No responde nada.

El Sumo Sacerdote le dijo: «Yo te conjuro por Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios». (Mt 26, 63)

Podemos imaginar que Caifás hizo la pregunta con rabia e impotencia. Ciertamente se trataba de un abuso de poder, una injusticia y, sin embargo, hay que notar que como se trataba del Sumo Sacerdote que tenía esta autoridad, y como Jesucristo callaba, este silencio se podía tomar como una negativa de la Verdad; Jesucristo decide responder, esta vez responde:

Dícele Jesús: «Sí, tú lo has dicho. Y yo os declaro que a partir de ahora veréis al hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo». (Mt 26, 64).

Es decir, Jesucristo en esta respuesta estaba declarando su identidad de Mesías. «Yo Soy el Mesías», estaba diciendo; y estaba declarando también su divinidad. Cristo no duda en testimoniar la Verdad, aunque sabe que sólo servirá para atraer las burlas, las humillaciones, los golpes, y finalmente la condena a muerte.

En este acto supremo de testimonio de la verdad se han inspirado los mártires de todos los tiempos, así hacen los mártires también, dando testimonio de la verdad, de que Cristo es Dios, de que Cristo es el Salvador, a pesar de que esto produce la muerte.

Aprendamos entonces que nunca debemos callar la Verdad nosotros por temor a los hombres. Nosotros también estamos llamados en muchas ocasiones a dar testimonio de la

⁸ cf. MANUEL DE TUYA, *Comentario a los Evangelios*, p. 566.

Verdad delante de los hombres, a mostrarnos como seguidores de Cristo, a confesar que Cristo es el Salvador delante de los demás. Aprendamos entonces, y pidamos esta gracia.

3- Tercer punto: La iniquidad de todo el proceso⁹.

Reflexionar cómo todo el proceso, todo el juicio, fue un juicio inicuo.

- El proceso no es más que una fórmula de **apariencias jurídicas**, porque la Muerte de Cristo estaba ya decretada mucho tiempo atrás. El Evangelista San Juan cuenta cómo después de la resurrección de Lázaro, Carifás les dijo a los Sumos Sacerdotes y fariseos: ...«¿no comprendéis que conviene que muera un hombre por el pueblo, y no que perezca todo el pueblo?» (Jn 11, 50). Y dice el Evangelio: «Desde ese día, decidieron darle muerte» (Jn 11, 53).

Ya lo habían decidido antes, entonces el juicio en realidad era simplemente una apariencia.

También señalan los estudiosos:

- cómo no se cumplen las reglas, las leyes de los juicios de los mismos judíos, porque **el proceso comenzó por la noche**, lo cual estaba prohibido en caso de un juicio criminal;
- cómo **la sentencia se dio en el mismo día**, cuando en realidad se tenía que esperar hasta el día siguiente para dar la sentencia, según estaba mandado;
- señalan también que el juicio se hizo en la «**víspera del sábado**» y en la fiesta máxima de la Pascua que era un tiempo de descanso sagrado.

Cuántas veces los judíos le habían reprochado a Cristo de no respetar el sábado y ahora ellos rompen este descanso para condenar a muerte a Cristo;

- cómo los **testigos fueron falsos** y que no hubo testigos de descargo, no hubo posibilidad de una defensa.

Podemos reflexionar cómo, durante toda su Vida, Cristo luchó contra la injusticia, denunciándola, denunciando la corrupción de sus enemigos; pero en este momento de la Pasión nos enseña también a sufrir la injusticia, como permitiendo que toda esta maldad de sus enemigos se descargue sobre Él. Y esto también es un acto supremo de amor, de sufrir la injusticia por la conversión de los demás, entregándose por la salvación de los hombres.

Aprendamos nosotros también a luchar siempre contra la injusticia, a buscar de vivir siempre según lo que Dios pide, pero también saber sufrir en algunas ocasiones las cosas que no podemos cambiar, las injusticias de este mundo o que otras personas nos han causado y que nosotros no podemos cambiarlo y solamente nos toca sufrirlo. Tomemos este ejemplo de Cristo.

⁹ cf. MANUEL DE TUYA, *Del Cenáculo al Calvario*, pp. 399-404.

II- CRISTO TESTIMONIA SU REALEZA ANTE LOS GENTILES.

En esta segunda parte, algunos puntos más brevemente sobre la parte del juicio ante Pilato y ante Herodes, el juicio ante los gentiles.

1- Primer punto: Cristo ante Pilato.

Los judíos llevan a Jesús ante Pilato para poder cumplir su propósito de crucificarlo. Pilato es el procurador, el representante del poder de Roma.

Y ante Pilato Jesús va a dar testimonio de su Realeza. Así como había dado testimonio de su Divinidad, de su Mesianismo, delante de los judíos, delante de Pilato se va a mostrar como Rey.

Entonces Pilato entró de nuevo al pretorio, llamó a Jesús y le preguntó: «¿Eres tú el Rey de los judíos?»... Respondió Jesús: «*Mi Reino no es de este mundo. Si mi Reino fuese de este mundo, mi gente habría combatido para que no fuese entregado a los judíos; pero mi Reino no es de aquí*»¹⁰.

Podemos reflexionar y plantearnos qué significa que Cristo sea Rey. Porque vemos que a Cristo ser Rey no le trae los honores terrenales, sino el desprecio y las persecuciones. De hecho, Él había rechazado la realeza de este mundo cuando el pueblo quiso hacerlo rey de un modo terrenal. Él se había negado. Cristo es un Rey humilde que busca extender su reino conquistando interiormente a las almas por el amor, pero al mismo tiempo nunca renuncia a reinar.

Pensar entonces en el Reino de Cristo. Si nosotros buscamos solamente el reino de este mundo, reino de poder, de bienes terrenales, no podemos ser parte del Reino de Cristo. Y si nosotros no trabajamos para que Cristo reine en nuestra vida, aceptándolo como Rey y haciendo que sea aceptado como Rey en nuestra familia, en nuestra sociedad, si no luchamos por eso, no estamos aceptando a Cristo, no estamos comprendiendo el reinado que Cristo viene a traer a este mundo.

2- Segundo punto: Cristo ante Herodes.

Ver el momento cuando Cristo fue presentado ante Herodes. Dice el Evangelio:

Cuando Herodes vio a Jesús, se alegró mucho, pues hacía largo tiempo que deseaba verle por las cosas que oía de él, y esperaba presenciar alguna señal que él hiciera. (Lc 23, 8).

Herodes pretendió hacer de Jesús un objeto de diversión que colmara su curiosidad, pero ante la reacción de Cristo que se mantenía en silencio, su orgullo quedó herido y por eso lo despreció y se burló de Él. Él representa al inmenso número de los que buscan a Cristo, pero por motivos totalmente superficiales. Quería ver a Cristo, pero no estaba dispuesto interiormente para recibirlo. Por eso Cristo no le habló y por eso terminó despreciando y burlándose de Él. En el caso de Herodes su encuentro con Cristo solo sirvió para desenmascarar sus falsas intenciones:

Pero Herodes, con su guardia, después de despreciarle y burlarse de él, le puso un espléndido vestido y le remitió a Pilato. (Lc 23,11)

¹⁰ Jn 18, 35-36.

3- Tercer punto: La iniquidad del proceso¹¹.

Así como hicimos acerca del juicio de los judíos, reflexionar acerca de la iniquidad, de la injusticia que fue todo este proceso de Pilato, este juicio.

Pilato reconocía la inocencia de Cristo. Como dicen los Evangelios, trataba de liberarlo, pero al ver que los judíos insistían y lo amenazaban diciéndole que obrando de esta manera no era amigo del César¹², como haciéndole notar de que van a recurrir al César poniendo en peligro su propio poder, Pilato termina cediendo. No son solamente los que odian a Cristo los que acaban entregándolo, también los que aman desordenadamente el poder de este mundo o alguna otra cosa de este mundo. Este es un claro ejemplo. Pilato quería ayudar a Cristo, quería liberarlo, pero como amaba más su propio poder, su propio reinado, terminó entregándolo de manera injusta. Tomar esto como punto de reflexión para aplicarlo a nuestra propia vida.

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio.

Finalmente terminar con un coloquio como siempre enseña San Ignacio. Todos los actos de la meditación, todo lo que vamos haciendo, lo que vamos contemplando, tiene por fin llevarnos a este momento de diálogo personal con Dios. Por eso es importante dedicar tiempo y llegar realmente a la parte del coloquio.

Recordar lo que decía San Ignacio siempre es útil:

[54] El coloquio se hace propiamente hablando así como un amigo habla a otro o un siervo a su señor; cuándo pidiendo alguna gracia, cuándo culpándose por algún mal hecho, cuándo comunicando sus cosas y queriendo consejo en ellas; y decir un Pater noster.

La parte de la meditación, cada uno puede hacerla según le convenga. Por ejemplo, quizá alguno sienta deseo de meditar sólo la primera parte, detenerse en el juicio de los judíos, de esto que hemos dado; o solamente la segunda parte, porque ve que eso le trae más fruto; o detenerse en un punto donde encuentre motivo de reflexión y donde sienta consolación.

Y eso está muy bien, no es que hay que hacer necesariamente toda la materia que hemos dado, pero lo importante es llegar al coloquio, llegar a este momento de conversación con Dios y pedir allí las gracias que uno desea obtener; ofrecer los sentimientos, ofrecer las resoluciones que van surgiendo de la oración, para que realmente toda la contemplación que hemos hecho se pueda aplicar a nuestra vida, que realmente surja ese deseo de cambiar nuestra vida con algún propósito, alguna resolución, reforzando algún propósito que ya habíamos hecho anteriormente.

Por eso dedicar también este tiempo al coloquio y allí mismo, como San Ignacio recomienda en otras partes, encomendarse y hablar con María Santísima para pedir, a través de su intercesión, las gracias que estamos buscando. Pedir especialmente a María Santísima la gracia de sacar muchos frutos de la Contemplación de la Pasión de Cristo.

¹¹ cf. MANUEL DE TUYA, *Del Cenáculo al Calvario*, pp. 476-477.

¹² cf. Jn 19, 12-13.